

Semana Santa 2020

"¿Dónde quieres que preparemos la Pascua?"

(Mt 26, 17)

SÁBADO SANTO



El Sábado Santo se celebra en silencio y esperando. En este día no hay celebración litúrgica. Hay un gran "símbolo" que marca este día del Triduo que termina con el comienzo de la Vigilia Pascual: el silencio. A menudo, ante el silencio, permanecemos como perdidos y podemos correr el riesgo de buscar alguna solución que pueda llenar lo que consideramos "vacío". Pero en este día estamos llamados a escuchar el "magisterio del silencio". Un profundo y denso silencio que se expresa bien en el inicio de la lectura

patrística del oficio de lecturas de este día: *"¿Qué es lo que hoy sucede? Un gran silencio envuelve la tierra; un gran silencio porque el Rey duerme: la tierra temió sobrecogida, porque Dios se durmió en la carne y ha despertado a los que dormían desde antiguo. Dios ha muerto en la carne y ha apuesto en conmoción al abismo. Va a buscar a nuestro primer padre, como si fuera la oveja perdidas"* (Homilia antigua sobre el grande y santo Sábado).

El tramo del misterio pascual que se celebra en este día, es decir, el descenso a los infiernos (1Pe 3,18-19; 4,6), está ya vinculado a la resurrección de Jesús. En la Iglesia de Oriente, el descenso a los infiernos es el tema representado en los iconos de la resurrección. En este acontecimiento, que confesamos en el credo, descubrimos la "lectura teológica" de todo el misterio pascual: Dios, como el buen pastor, en el Hijo, va en busca al hombre perdido. En un antiguo himno, s. Efrén escribe: *"El que dijo a Adán: «¿Dónde estás?» se ha vestido voluntariamente con un cuerpo de carne; subió a la cruz porque él quería, para buscar al que estaba perdido; bajó a los infiernos detrás de él y lo encontró. El lo encontró y dijo: «Ven, entonces, oh mi imagen y mi semejanza. Aquí vine detrás de ti para llevaros de vuelta a tu heredad»"*.

Leemos el pasaje de la sepultura de Jesús. Mateo, 28, 1-10

"Al anochecer llegó un hombre rico de Arimatea, llamado José, que era también discípulo de Jesús. Este acudió a Pilato a pedirle el cuerpo de Jesús. Y Pilato mandó que se lo entregaran. José, tomando el cuerpo de Jesús, lo envolvió en una sábana limpia, lo puso en su sepulcro nuevo que se había excavado en la roca, rodó una piedra grande a la entrada del sepulcro y se marchó. María la Magdalena y la otra María se quedaron allí sentadas enfrente del sepulcro. A la mañana siguiente, pasado el día de la Preparación, acudieron en grupo los sumos sacerdotes y los fariseos a Pilato y le dijeron: «Señor, nos hemos acordado de que aquel impostor estando en vida anunció: "A los tres días resucitaré". Por eso ordena que vigilen el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vayan sus discípulos, se lleven el cuerpo y digan al pueblo: "Ha resucitado

de entre los muertos". La última impostura sería peor que la primera». Pilato contestó: «Ahí tenéis la guardia: id vosotros y asegurad la vigilancia como sabéis». Ellos aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y colocando la guardia.»

Reflexión

“Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto, un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús”



Es el día de la semana santa que más nos ayuda a acercarnos al "misterio de los misterios": el Señor, nacido del vientre de una mujer, saldrá del sepulcro. Esta es, de hecho, al mismo tiempo "la hora del Hijo" y "la hora de la Madre". El cuerpo de Cristo casi se desliza hacia nosotros, mientras que el rostro de María se abre a al horizonte. Los ojos están abiertos, pero apuntan a un "otro lugar". Este es el momento para María de su último dolor y abandono total. Pero también es el momento en que puede llevar su esperanza tan alta, como una antorcha, al mundo entero. Ella, que había confiado en Dios como doncella, también confía en él en este grito de dolor. Más allá de la oscuridad, su corazón ya ve las luces de un nuevo amanecer, las primeras luces de la Pascua. Esta actitud nos desafía y nos abre al

"tiempo del discípulo", de nuestro tiempo. En este día, como María, estamos llamados a un doble movimiento: entrar en la pasión-compasión y acceder a la esperanza-esperar. Una invitación a confiar en María, en Ella que cree y espera para todos nosotros, que frente al mal a menudo nos vemos tentados a la desesperación. Pero María nos lleva a Jesús resucitado.

¡Muéstranos, oh Madre, a tu Hijo resucitado, en este momento que queremos vivir en intimidad contigo, Madre de Dios, te has convertido, por la voluntad de Jesús en la Cruz, en Madre nuestra, Madre de la misericordia, de la ternura, la Madre que nos acompaña, día tras día, en nuestro camino!

Oración final

Invocamos a María, Madre de la vida y Virgen de la Fe
Madre dolorosa, ruega por nosotros tus hijos.
Madre, custodia de la Palabra, ruega por nosotros tus hijos.
Madre de la misericordia, ruega por nosotros tus hijos.
Madre del consuelo, ruega por nosotros tus hijos.
Madre de los vivos, ruega por nosotros tus hijos.
Virgen del Silencio, reaviva nuestra fe.
Virgen Fiel, reaviva nuestra fe.
Virgen de la Esperanza, reaviva nuestra fe.
Virgen de la Espera, reaviva nuestra fe.
Virgen de la Resurrección, reaviva nuestra fe.

*Pedro Fernández Amo
Delegado Episcopal para las Hermandades y Cofradías*